

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO CCXIX



MADRID
TOMO CCXIX - CUADERNO 1
ENERO-ABRIL DE 2022

ZUMALACÁRREGUI

En 1898, diecinueve años después de haber concluido con *Un faccioso más y algunos frailes menos* la segunda serie de sus Episodios Nacionales, y pese a haberse jurado a sí mismo que no escribiría más novelas históricas, Galdós inició la tercera serie de aquellos, y lo hizo, concretamente, con *Zumalacárregui*. Sabedor del extraordinario éxito comercial que habían tenido las dos series anteriores, Galdós volvió a los Episodios Nacionales –que publicaría ahora en su propia editorial– para poder pagar la elevada indemnización que debía abonar a su antiguo editor, Miguel H. de la Cámara, a que le obligaba la sentencia, con todo favorable a Galdós, que para recuperar sus derechos de autor había interpuesto contra aquel¹.

I. EPISODIOS NACIONALES: NUEVA SERIE

Pero Galdós volvió a retomar los Episodios también por otras razones: 1) porque la historia del siglo XIX fue siempre parte necesaria, no ya de sus novelas históricas, sino de toda su obra, que por ello se asomaba, por ejemplo, en sus “novelas contemporáneas” (*La desheredada*, *La de Bringas*, *Fortunata y Jacinta*, las novelas de *Torquemada*...), obra que supuso así un estudio sistemático del XIX español, de la vida social y política del país, y hasta una muy plausible aproximación al análisis de la construcción (insuficiente, fallida) de España como estado nacional, el gran desafío para el país desde 1808; y 2) porque cuando en 1898, el año que precisamente simbolizó el fracaso de España como tal estado nacional, Galdós retomaba con *Zumalacárregui* los Episodios, el conocimiento de la historia inmediata –conocer cómo se había llegado al 98– resultaba una exigencia urgente, insoslayable. De manera que, aun progresivamente decepcionado con la evolución política de la España de su tiempo, al reanudar su novelística histórica en 1898 y prolongarla en una tercera, cuarta y quinta series hasta llegar en 1912 a *Cánovas*, Galdós era, o así lo parecía, claramente consciente de que sus Episodios Nacionales no habían sido sólo literatura de entretenimiento –y una empresa comercialmente muy rentable para él–, sino que habían contribuido de alguna forma –difícil de calibrar pero sin duda importante, como ya observó Azorín en *Lecturas españolas*– a la creación de la misma conciencia nacional

1 P. ORTIZ-ARMENGOL. Vida de Galdós. Barcelona: Crítica, 2000, pp. 361-368.

española o al conocimiento al menos de cómo España había llegado a ser lo que fue, desde Trafalgar (1805) hasta el reinado de Alfonso XII (1874-1885)².

Galdós decidió escribir *Zumalacárregui* en 1897. Demoró, sin embargo, su redacción por unos meses para preparar entre otras cosas su discurso de entrada en la Real Academia Española. Escribió, por tanto, *Zumalacárregui* en 1898. Lo hizo en unas pocas semanas: lo fechó, concretamente, en abril-mayo de 1898. Previamente, se documentó sobre su tema: se entrevistó en Madrid con Juan Vázquez de Mella y con el marqués de Cerralbo, dos de los principales dirigentes en ese momento del tradicionalismo carlista, y viajó por algunos de los escenarios de Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra en que actuó Zumalacárregui: Cegama, la localidad guipuzcoana en que falleció el caudillo carlista el 24 de junio de 1835 (muy cercana a Ormaiztegui, su lugar de origen, donde nació el 29 de diciembre de 1788) y donde Galdós saludó a un sobrino carnal de éste, el sacerdote don Miguel de Zumalacárregui, y visitó la casa y la alcoba mortuorias; Beasain, Azpeitia, el santuario de Loyola, Azcoitia –lugar natal del abuelo materno del escritor, don Domingo Galdós, y no Azpeitia como el desmemoriado Galdós escribiría en *Recuerdos y memorias*–, Elorrio y Bilbao³.

No obstante encabezar la tercera serie de los Episodios, *Zumalacárregui* fue, tal vez en razón de la misma celeridad con que Galdós lo elaboró, un episodio aislado. Enlazaba cronológicamente, como resultaba lógico, con el último episodio de la serie anterior, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, pero todavía no aparecía, porque Galdós aún no lo había creado, Fernando Calpena, el protagonista de la nueva serie, un total de nueve episodios, de *Mendizábal y De Oñate a La Granja* hasta *Los ayacuchos y Bodas reales*. Con una estructura, no obstante, idéntica a la de todos los episodios –parte, ficción novelesca; parte, realidad histórica–, *Zumalacárregui* estaba protagonizada por José Fago, un cura castrense aragonés del Cuartel Real carlista incorporado al ejército de Zumalacárregui, un personaje vehemente, atormentado, psíquicamente inestable, que antes de ser sacerdote había seducido y abandonado a Saloma Ulíbarri, hija del alcalde liberal de Miranda de Arga (ejecutado al principio de la novela en presencia de Fago por los soldados de Zumalacárregui) y cuyo recuerdo, el recuerdo de Saloma, le persigue obsesivamente a todo lo largo de la novela; y un hombre, Fago, de extraordinarias intuiciones estratégicas, aunque al tiempo aborrezca la guerra, al que Zumalacárregui encarga diversas misiones militares, la primera de ellas, y la principal, la recuperación de un cañón abandonado cerca de Ondárroa (Vizcaya) que Fago debía entregar al ejército carlista en Alsasua (Navarra), localidad muy cercana al valle de las Améscoas, la base militar de Zumalacárregui⁴.

2 AZORÍN. *Lecturas españolas* (1912), en *Obras selectas*. Madrid: Austral Summa, 1998, p. 315.

3 B. PÉREZ GALDÓS. *Memorias de un desmemoriado* en *Recuerdos y Memorias*. Madrid: Tebas, 1975, pp. 265-269.

4 Para los *Episodios Nacionales*, he utilizado la edición B. PÉREZ GALDÓS. *Obras Completas*. F.

Ficción verosímil, como Galdós llamó a sus Episodios, la trama novelesca de *Zumalacárregui* era ésa: las misiones de Fago –arriesgadas, difíciles, pura aventura–, su obsesión por Saloma, su fascinación por Zumalacárregui, sus especulaciones estratégicas, sus encuentros ocasionales con el general carlista, las conversaciones con personalidades del entorno cortesano y político del pretendiente carlista, Carlos V (don Carlos M^a Isidro de Borbón, hermano de Fernando VII). La trama histórica era la etapa final de las campañas de Zumalacárregui: penetración en noviembre de 1834 por la Ribera de Navarra, victorias sobre los ejércitos liberales en Alegría (Álava), Arquijas, y Artaza (llave de las Améscoas), ofensiva de primavera (abril-junio de 1835: Treviño, Villafranca de Oria, Vergara, Durango...), el sitio y las operaciones para la toma de Bilbao iniciadas el 10 de junio de 1835, en el curso de las cuales Zumalacárregui resultó herido de bala en la pierna derecha, resignó el mando y se retiró por Durango a Cegama, donde, como consecuencia del pésimo tratamiento que se hizo de su herida, murió víctima de una septicemia el 24 de junio de 1835 (el mismo día y lugar en que, inopinadamente, Galdós hacía morir a Fago, al que había incorporado a la comitiva que trasladó a Zumalacárregui desde Durango a Cegama).

En suma, en 1898 Galdós volvió a la historia española del siglo XIX y, concretamente, a la guerra civil de 1833-1840. Lógicamente, y como ha quedado dicho, la guerra, y el propio Zumalacárregui, ya habían aparecido en el último episodio de la serie anterior, el también antes citado *Un faccioso más y algunos frailes menos*, publicado en 1879. Galdós, un hombre liberal que se había sentido particularmente identificado con los principios y proyectos políticos del Sexenio Revolucionario (1868-1874), iba ahora, en 1898 –fecha “sinistra” para él en la historia española, a la que en su opinión llevó la Restauración de 1874, los “años bobos” en sus palabras, que siguieron al Sexenio– a estudiar y valorar la guerra carlista de 1833-1840 con mayor madurez y ecuanimidad que antes, pero también con decepción y pesimismo mucho más profundos. Galdós pensaba ahora, desde la perspectiva de finales del siglo XIX, que la guerra civil era un hecho que de alguna forma recorría todo el XIX español, que había invadido el “cuerpo social” nacional y había imposibilitado la evolución ordenada del país: “detesto la guerra civil dinástica –hacía decir en *Cánovas* (1912), el último de los Episodios que escribió, a uno de sus personajes, Segismundo García Fajardo– y es tan vivo mi odio a ese medio siglo de lucha fratricida, sin gloria y sin fruto, que nada encuentro en él que pueda contentarme”⁵. Galdós entendía, siempre a través de Fajardo, que la contienda debió haber quedado liquidada en 1834, cuando

C. SAINZ DE ROBLES (introducción, biografía, bibliografía, notas y censo de personajes galdosianos). Tomos I, II y III. Madrid, Aguilar, 1966; *Zumalacárregui*, concretamente, en Tomo II, pp. 327-429.

5 B. PÉREZ GALDÓS. *Cánovas*, en *Obras Completas*. Tomo III. Madrid: Aguilar, 1966, p. 1357; la referencia a los “años bobos” en *Ibidem*, p. 1409.

Martínez de la Rosa, el entonces jefe del gobierno de la España liberal, definió a don Carlos M^a Isidro, el pretendiente carlista, como “un faccioso más”.

2. ZUMALACÁRREGUI

Galdós escribió en las primeras páginas de *Zumalacárregui* —y se entiende que así lo hiciera en razón de sus palabras arriba citadas— que Zumalacárregui representaba “una página bella y triste” de la historia española. Zumalacárregui hizo, en efecto, que el levantamiento de unas mal organizadas y dispersas partidas —que no fue mucho más lo que en principio, a la muerte de Fernando VII en septiembre de 1833, pudo aglutinar el carlismo para hacer valer los derechos de Carlos M^a Isidro al trono que heredaba la aún menor de edad Isabel II— desembocara militarmente en una encarnizada y sanguinaria guerra civil que se prolongó durante más de siete años.

Zumalacárregui —digámoslo también— contribuyó igualmente al endurecimiento de la guerra. Nada hubo de arbitrario ni de injusto en la leyenda que le presentó, muy pronto, como un militar duro, implacable y hasta cruel. Lo era. No respetaba leyes elementales de la guerra: fusiló a centenares de sus prisioneros y llegó a fusilar a soldados de sus propias fuerzas cuando lo creyó conveniente por razones disciplinarias. En Villafranca, localidad de la ribera navarra cercana a Tudela, hizo quemar la torre de la iglesia en la que se había refugiado una treintena de milicianos enemigos: fusiló a los supervivientes y castigó durísimamente a sus familiares, un terrible episodio que Galdós reproducía detalladamente en su novela (y hacía, además, sin duda intencionadamente, que fuese en esa ocasión y en esa localidad donde Fago veía por primera vez a Zumalacárregui y donde éste aparecía como personaje del libro). Como el Sur en la guerra civil norteamericana —recuérdese, por ejemplo, *Lo que el viento se llevó*, la novela de Margaret Mitchell llevada al cine en 1939 con éxito clamoroso— y como otros movimientos contrarrevolucionarios, el carlismo terminó por ser romantizado, por Valle Inclán, también por citar un solo ejemplo, en su trilogía de la guerra de 1872-1876 (*Los Cruzados de la Causa*, *El Resplandor de la Hoguera* y *Gerifaltes de Antaño*) que publicó en 1908-1909, y como lo fue el propio Zumalacárregui en la bellísima biografía que de él escribió en 1930 Benjamín Jarnés. Zumalacárregui tenía, sin embargo, muy poco de romántico. Era frío, metódico, pragmático. El carlismo fue, como se ha apuntado sólo unas líneas más arriba, un movimiento contrarrevolucionario, anti-liberal, ultramontano. Las guerras carlistas provocaron miles de muertos: en torno a 150.000 en la guerra de 1833-1840, la que aquí nos interesa, en un país de 12 millones de habitantes. Hipotecaron además decisivamente —como el propio Galdós pensaba, según veíamos antes— la construcción del estado liberal en España.

Pero, con todo, página igualmente bella, como Galdós no ocultaba en su libro. Militarmente, lo hecho por Zumalacárregui fue extraordinario: crear, como se indicaba, un ejército partiendo de un puñado de voluntarios y careciendo prácticamente de todo, dinero, armas, munición, artillería (por eso la importancia de la misión de Fago, hacerse con el cañón abandonado en Ondárroa, basada en un hecho real); liberar un territorio, buena parte del país vasco-navarro, y fijar sobre él, en las Améscoas y la tierra de Estella, las bases del embrionario Estado carlista; batir con aquellas unidades improvisadas a un ejército regular como era el Ejército liberal, mediante acciones audaces y desconcertantes (como las de Mendaza, Arquijas y Artaza a las que Galdós presta especial atención en *Zumalacárregui*), diseñadas por una inteligencia táctica de verdadero talento, que supo combinar a la perfección la movilidad de las tropas, el uso del terreno, la energía, la astucia y la prudencia.

Página bella, también, por lo que hace a la personalidad de Zumalacárregui, “un hombre –como lo describía Galdós al hacerle aparecer en Villafranca– de alta estatura [aunque desgarbado, decía en otro pasaje, por su inclinación hacia delante y tener un hombro más alto que otro], moreno, de ojos negros, bigote y patillas”; “su nariz aguileña de perfecta forma, el mirar penetrante, y un no sé que de reserva –añadía– de seriedad profunda que en él había [luego añadiría “gravedad taciturna”], indicaban que no era un hombre vulgar”. Casado en 1820 en Pamplona con Pancracia de Olló, con la que tuvo cuatro hijas, el militar guipuzcoano, miembro de una familia de la pequeña nobleza de su provincia, décimo de los once hijos del segundo matrimonio de su padre, el escribano de Ormaiztegui, Francisco Antonio de Zumalacárregui, era en efecto duro y cruel y, además, extraño, solitario, foscó y taciturno. Pero tenía al tiempo, como se transparentaba en el libro de Galdós, mucho de admirable: su rígido sentido del deber y del honor, su rudeza frente a arrogantes y poderosos, la austeridad de su conducta, el desprecio que le merecían condecoraciones y distinciones fatuas, su generosidad con los humildes, incluso su carismática y terrible fiereza⁶.

⁶ Véanse K. F. HENNINGSSEN. *The Most Striking Events of a Twelve-Months Campaign With Zumalacárregui in Navarre and the Basque Provinces*. 2 Volúmenes. London: J. Murray, 1836; J. A. ZARATIEGUI. *Vida y Hechos de don Tomás de Zumalacárregui nombrado por el Señor Don Carlos María de Borbón Capitán general del Ejército realista, Duque de la Victoria y Conde de Zumalacárregui*. Madrid: Rebolledo y Cía., 1845; B. JARNÉS. *Zumalacárregui. El caudillo romántico*. Madrid: Espasa-Calpe, 1931; J. M. AZCONA. *Zumalacárregui. Fuentes históricas*. Madrid: 1946; M. TUDELA. *Zumalacárregui. La primera guerra del norte*. Madrid: Silex, 1986; *Aportes*. 4, 11 (octubre 1989), n° especial dedicado a Zumalacárregui.

3. LAS GUERRAS CARLISTAS

Zumalacárregui fue, en suma, como escribió Jarnés en su biografía, un genio frente a un Estado⁷. La insurrección carlista, que comenzó, en diversos puntos de España, el 3 de octubre de 1833, cinco días después de la muerte de Fernando VII, basó su legitimación en el pleito legal y político que por la sucesión de Fernando VII se planteó a raíz del cuarto matrimonio del rey en 1829 y del nacimiento en 1830 de su hija Isabel, pleito que, por resumir, supuso la anulación de los derechos al trono de don Carlos M^a Isidro, hermano del rey si se recuerda, tras la proclamación en junio de 1833 de Isabel (tres años de edad) como heredera del trono y el establecimiento tras la muerte de Fernando VII el 29 de septiembre, de la Regencia de su viuda, la reina M^a Cristina de Borbón, mientras durase la minoría de edad de la reina niña. El carlismo fue, en otras palabras, una sublevación legitimista (en nombre del rey “legítimo”) y ultra-católica, un movimiento político y social amplio, de ideología tradicionalista y anti-liberal, en defensa de una Monarquía católica y tradicional, con apoyos en el mundo rural y en el clero, en núcleos de la nobleza y de las clases medias y artesanales de ciudades y de poblaciones semi-urbanas y semi-rurales (como eran localidades del País Vasco y de Navarra –Tolosa, Azpeitia, Durango, Guernica o Estella, por ejemplo–, donde, y ello importa por ser, como sabemos, el ámbito de actuación de Zumalacárregui, la guerra de 1833-1839 tuvo también mucho de guerra civil interna, de culminación terminal de la crisis social e institucional del Antiguo Régimen, de división profunda sobre el modelo institucional y foral vasco-navarro y su regulación dentro de España, y de enfrentamiento campo-ciudad. Bilbao, San Sebastián, Vitoria, las capitales vascas, objeto de reiterados ataques militares carlistas, fueron bastiones del liberalismo: los carlistas nunca lograron conquistarlas). Zumalacárregui, a quien su padre había encaminado hacia el trabajo notarial pero que al estallar la guerra de Independencia se había unido a la guerrilla guipuzcoana de Gaspar de Jáuregui y seguido luego la carrera militar, coronel en 1833 y destinado en Pamplona, se unió a la sublevación el 2 de noviembre, cuando abandonó, solo, embozado en su capa para no ser reconocido, la capital navarra para unirse a una de las partidas que había surgido en las cercanías y cuyos mandos le proclamaron días después, en Estella, comandante general de Navarra, nombramiento que confirmaría enseguida el pretendiente.

Militar (estratega y táctico) brillante, como ha queda dicho, Zumalacárregui era en política un absolutista (o por usar las palabras de Martínez de la Rosa, un faccioso más): en 1822 se sublevó ya, al frente de un batallón de la División de Navarra, contra el orden constitucional implantado en España en 1820 tras el pronunciamiento liberal triunfante del teniente coronel Riego y del coronel

7 B. JARNÉS: *Zumalacárregui...*, *op. cit.*, p. 115

Quiroga, y aún antes de esa fecha ya se había significado por su hostilidad a las ideas liberales. Creía en la legitimidad de los derechos de Carlos M^a Isidro y de su rama familiar al trono de España: Galdós mismo relató en *Un faccioso más y algunos frailes menos* el emocionado homenaje de respeto y sumisión que Zumalacárregui rindió al pretendiente don Carlos M^a Isidro (para el carlismo, Carlos VIII de Navarra y Carlos V de España) cuando se encontraron, por primera vez desde el estallido de la insurrección, en Elizondo (Baztán) en julio de 1834.

Como translucían sus proclamas y bandos (no parece existir documentación privada que permita conocer su pensamiento íntimo), Zumalacárregui creía en la Monarquía tradicional y en la religión católica como fundamento del orden social y político. Aunque no los mencionó ni en sus proclamas ni en sus bandos —de carácter estrictamente militar, vacíos por tanto de contenido político explícito—, debió de apreciar los Fueros vascos y navarros (como instituciones de la Monarquía católica y tradicional). No se sublevó, sin embargo, por la cuestión foral. No fue la abolición de los Fueros lo que provocó las guerras carlistas (de hecho, los Fueros empezaron a aparecer en la propagada carlista en 1834-1835, no en 1833). Al revés: fueron las guerras carlistas las que provocaron la abolición de los Fueros vascos, su modificación en octubre de 1839; su abolición en abril de 1876. Las guerras carlistas (1833-1840 y 1872-1876) no fueron guerras vascas. Fueron guerras españolas, con escenarios principales, efectivamente, en el País Vasco y Navarra —en la “fase Zumalacárregui” de la primera y en la segunda guerra carlista— pero también (1833-1840) en Cataluña y en el Maestrazgo: la guerra de los *matiners* de 1846-1849, una guerra de guerrillas menor (para algunos, con todo, segunda guerra carlista), fue una guerra catalana; la fallida y disparatada intentona insurreccional de abril de 1860 —un desembarco de tropas de Baleares en San Carlos de la Rápita— del capitán general de Baleares, general Ortega y Olleta, acompañado por el nuevo pretendiente carlista, el conde de Montemolín, y su hermano Fernando de Borbón, hijos de don Carlos M^a Isidro, se desarrolló en el delta del Ebro. El mismo Zumalacárregui siempre pensó en términos españoles. Su obsesión era abandonar el reducto del norte y marchar en cuanto fuera posible sobre Madrid. Como cuenta Galdós en *Zumalacárregui*, la decisión, en la primavera de 1835, de atacar Bilbao —la operación, como vimos, que terminó por costarle la vida— no fue suya y no le gustó: fue una imposición del Cuartel Real carlista.

Las guerras carlistas terminaron en todos los casos con el triunfo de los ejércitos liberales, hecho clave para la consolidación del liberalismo en España. En la primera guerra carlista, la que nos ocupa, la superioridad en hombres y armas de las tropas cristinas o isabelinas (unos 200.000-220.000 hombres en 1836; efectivos carlistas en ese año 54.000; en julio de 1839, 72.000) era manifiesta. El resultado de la guerra, sin embargo, fue en momentos incierto, en parte, como

también se apuntó, por la competencia y la inteligencia táctica de Zumalacárregui. Además de lo ya dicho, Zumalacárregui desquició en el Baztán, valle de importancia estratégica decisiva para el control de la frontera con Francia, a los ejércitos de Espoz y Mina, jefe del Ejército liberal del norte entre noviembre de 1834 y abril de 1835, ocupó buena parte de la llanada alavesa y del interior y sur de la provincia de Guipúzcoa entre abril y junio de 1835 y, tal vez lo más importante, en abril de 1835 descalabró el ejército expedicionario del general Valdés, el sustituto de Espoz y Mina al mando del ejército liberal del Norte, en su intento por ocupar el valle de las Améscoas, el principal baluarte territorial de la insurrección. La victoria poco después, en julio de 1835, de Fernández de Córdoba en Mendigorriá (Navarra) sobre el general carlista González Moreno, restableció el equilibrio militar. El sitio de Bilbao fracasó: la capital vasca fue liberada por Espartero en 1836. Pero la rebelión se extendió entonces al Maestrazgo y luego a Cataluña.

La crisis política del régimen de M^a Cristina de Borbón (cascada de gobiernos, cambios constitucionales, desorden administrativo, caos financiero, políticas polémicas como la desamortización de 1836, etcétera) había debilitado desde el primer momento, y considerablemente, la acción militar de los ejércitos liberales. La sublevación de un grupo de sargentos de la guarnición y guardia real del palacio real de La Granja en agosto de 1836 pudo incluso cambiar el curso de la guerra. De hecho, por terminar, la guerra no tomó un giro claramente favorable a los liberales hasta 1838. En el norte, concretamente, los ejércitos liberales, bajo el mando ahora de Espartero, lograron en 1838 importantes triunfos en Belascoain, Piedrahita y Peñacerrada. En la primavera de 1839, Espartero se apoderó de Ramales y Guardamino, en Santander, para penetrar desde allí en Vizcaya; las victorias, paralelamente, del general Diego de León en Navarra hicieron muy difícil la situación del carlismo en todo el norte. Tras la derrota de Peñacerrada (22 de junio de 1838), el mando carlista, encomendado al general Rafael Maroto, entendió que no podía ganar la guerra y buscó, no sin gravísimas disensiones internas, una solución negociada. Maroto entró en negociaciones secretas con Espartero que culminaron, mientras la guerra continuaba, en el llamado Convenio de Vergara, Guipúzcoa, de 31 de agosto de 1839 (aunque focos de resistencia carlista persistirían hasta 1840)⁸.

Los liberales ganaron las guerras pero el carlismo y los Fueros vascos capitalizaron –salvo excepciones: por ejemplo, el segundo sitio de Bilbao y la liberación de la villa el 2 de mayo de 1874 que Bilbao conmemoró solemnemente hasta 1937– leyenda, memoria y mitos, al menos en el País Vasco y Navarra. Las guerras carlistas fijaron, por ejemplo, el estereotipo de los vascos como un pueblo antiquísimo y noble, asentado en sus montañas, orgulloso de sus costumbres

⁸ I. BURDIEL. *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Madrid: Taurus, 2010 y A. SHUBERT. *Espartero el Pacificador*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2018.

ancestrales y de su vieja lengua, y tenaz defensor de sus Fueros, religión y libertades. La primera guerra creó, además, y el libro de Galdós era reflejo de ello, el mito de Zumalacárregui: iconografía abundante (desde el dibujo del capitán británico Karl Ferdinand Henningsen de 1835 al retrato en gran formato que de él hizo Gustavo de Maeztu en 1937), concesión por el pretendiente de los títulos de duque de la Victoria y conde de Zumalacárregui, ratificados por Franco en 1954, biografías (la primera, del propio Henningsen, de 1836, enseguida las de Zariategui y Francisco de Paula Madrazo), monumento en 1886 sobre su tumba en el interior de la Iglesia parroquial de Cegama, calles con su nombre en numerosas localidades vascas (incluidas las capitales que atacó y no pudo rendir). En *Viaje a Navarra durante la insurrección de los vascos*, 1836, el escritor vasco-francés J. A. Chaho presentó a Zumalacárregui como el caudillo de la “independencia vasca”, una tesis muy querida luego por el nacionalismo vasco y literalmente falsa⁹.

De los cuarenta y seis Episodios Nacionales que escribió, ocho los tituló Galdós con el nombre de una gran personalidad histórica del XIX español: Juan Martín *El Empecinado*, Zumalacárregui, Mendizábal, Narváez, O'Donnell, Prim, Amadeo I y Cánovas. Los Episodios Nacionales reforzaron decisivamente la conciencia nacional de España como estado nacional; los Episodios nominales, *Zumalacárregui* entre ellos, dieron paralelamente razón biográfica de la historia española del siglo XIX.

JUAN PABLO FUSI AIZPURUA
Real Academia de la Historia

⁹ J. A. CHAHO. *Viaje a Navarra durante la insurrección de los vascos (1830-1835)*. San Sebastián: Txertoa, 1976, pp. 167-178 (4 edición; 1ª edición en francés, 1836; 1ª edición en español, 1929-30).